

via sobrenatural. De ahí nace lo que se llama revelacion.

En esta materia conviene tener mucho cuidado en las palabras y no dejarse seducir por equívocos, pues son varias las doctrinas que en este punto falsean la verdad. Los filósofos dan en general el nombre de revelacion á todos los modos de conocer, de manera que es para ellos una revelacion la luz de la razon, lo mismo que lo son las inspiraciones de la conciencia, y á esto ha de atribuirse el que sus explicaciones sean con frecuencia muy oscuras, ya sea este hecho hijo de buena fe ó de una intencion maliciosa. La revelacion de que venimos hablando no es el conocimiento que puede adquirirse por la razon ó por la conciencia, sino una manifestacion exterior y sobrenatural, hecha por el mismo Dios, de una verdad relativa á la Religion, á la moral ó á otra cosa distinta, una institucion civil, por ejemplo, como sucedió entre los judíos con su constitucion política, con las ordenanzas judiciales ó con las leyes ceremoniales que determinaban el culto. Semejante manifestacion exterior, de la cual es evidente que no ha de ser juez el individuo, oral ó escrita, formulada en un lenguaje inteligible para el que la recibe, es superior á la razon natural, y en ciertos casos la verdad objeto de ella no puede ser descubierta ni explicada por la razon, aun cuando pueda sí conocer y demostrar por sus propios medios el hecho mismo y la verdad de la revelacion.

Esta con las verdades sobrenaturales que enseña es el escándalo y el escollo de la filosofia racionalista, y es por lo tanto oportuno examinar, aunque no sea sino de paso, si es realmente, como se ha pretendido, imposible ó absurda.

¿Es posible la revelacion? ¿Es posible que Dios nos manifieste exteriormente en un lenguaje hablado, escrito, ó de otro modo, una verdad cualquiera accesible ó superior á la razon? ¿Puede Dios comunicar con nosotros por esa via extraordinaria? En otros términos, ¿podemos ser instruidos por otro conducto que no sea el de nuestros sentidos que perciben los objetos, el de nuestra razon que combina las imágenes y forma las nociones, y el de las ideas, ó el de nuestra conciencia que nos dice lo que debemos ó no debemos practicar? ¿Es posible que el género humano reciba por dis-

tinta via una instruccion mas elevada? ¿Por qué no? ¿quién se atreverá á decir que eso sea imposible?

Dígase que no se ha visto, en hora buena; tampoco yo lo he visto, y sin embargo lo creo; en primer lugar porque comprendo su posibilidad, y luego porque el hecho me parece bastante probado. Si se me dice que jamás se ha encontrado á un hombre que lo haya visto, convendré igualmente en que tampoco yo le he encontrado; pero afirmar que Dios, que ha criado al hombre, que le conserva por medio de su accion incesante, que se comunica con él por lo mas profundo é íntimo de su ser, no pueda además entrar con él en una comunicacion exterior y sensible, es cosa que no se atreverá á decir un hombre sesudo y razonable. El Criador influye constantemente en el ser creado, y sin este influjo la criatura no existiria; desvaneceríase al momento luego que dejase de estar animada y vivificada por el mismo rayo que la ha engendrado.

No puede negarse que existe entre Dios y el hombre una comunicacion íntima por medio de su alma, de su inteligencia y aun de sus sentidos, á los cuales ha dado el espectáculo de la naturaleza y del mundo, proclamando de un modo magnífico la idea de su autor. ¿Por qué ha de ser imposible á Dios revelarse tambien al hombre por medio de un lenguaje articulado? ¿Por qué ese modo de hablar ha de parecer mas indigno de Dios ó mas inexplicable que los otros, siendo así que es el mas habitual y el mas fácil entre las inteligencias? ¿Cómo nos comunicamos los hombres unos con otros? El que escucha no ve el alma del que habla, y sin embargo la descubre al través de su palabra, de su rostro, de su gesto. Entreve, siente la presencia de aquella alma que trata de llenarle de su idea, de penetrarle de su sentimiento, de hacerle partícipe de su conviccion, de su emocion, de su deseo; pero ¿ve acaso las palabras que cruzan el aire para llegar por el oido á su inteligencia? No, y esto no obstante las inteligencias se tocan al través de esos velos, las almas se comunican, y la prueba está en que cuando la palabra es viva, siéntese muy bien que penetra al oyente y le domina, y en aquellos momentos, bajo la influencia de una palabra que procede de mas alto, el maestro

y el discípulo no forman mas que un solo espíritu, que una sola alma, que una misma voluntad. En esto consiste la eficacia de la enseñanza, esto fecunda las inteligencias y engendra en ellas las ideas.

Si, pues, los hombres podemos obrar unos sobre otros de un modo tan íntimo, tan penetrante, poniendo nuestras almas en comunicacion por medio de un lenguaje articulado, ¿por qué Dios no ha de poder comunicar con nosotros por un medio semejante? ¿Con qué derecho negamos esta posibilidad? ¿Hemos visto alguna vez á Dios? Nadie le ha visto, dice el Apóstol: *Deum nemo vidit unquam*. ¿Hemos escrutado sus vias? ¿quién somos nosotros para decirle: no pasarás de ahí?

Pero Dios, espíritu puro, ¿cómo ha de comunicar con un espíritu que se halla dentro de un cuerpo?—Los hombres se comunican entre sí por medio de figuras y palabras, pues ¿por qué Dios, á cuya semejanza hemos sido criados, no ha de poder tambien tomar palabras para hablarnos exteriormente, así como nos habla en el interior por medio de la conciencia? ¿Quién impide que oigamos voces celestiales como Moisés, los Profetas, los pastores de Belen y tantos otros? ¿Acaso no hay nada superior á nosotros, y estamos lanzados en medio de la inmensidad sin relaciones con los mundos que nos rodean? Nuestra existencia está rodeada de misterios, y á nuestra crasa ignorancia, á nuestra vista de tan corto alcance les sienta muy mal la pretension de decidir lo posible y lo imposible, sobre todo respecto del Omnipotente.

Véase sino lo que sucede en nosotros durante el sueño, esa imagen de la muerte. ¿Dónde nos hallamos sumidos cuando la conciencia nos abandona? ¿Con quién está en relacion nuestra alma al dejar de comunicar con el mundo sensible? Y sin embargo á veces nos despertamos con tan buenos pensamientos, con tan felices disposiciones, sobre todo cuando hemos implorado el auxilio de lo alto, cuando hemos orado antes de dormirnos en placentera confianza! Con frecuencia sucede que la verdad, buscada en vano durante la víspera, nos aparece de pronto, ó sentimos una generosa inspiracion que disipa nuestra incertidumbre y reanima

nuestro valor, y esto son otras tantas comunicaciones misteriosas, invisibles, que no pueden explicarse por completo, pero cuyos efectos son palpables.

Así pues, de parte de Dios, la revelacion no repugna en lo mas mínimo. Dios es amor, Dios ama al hombre, y por consiguiente se complace en comunicarse á él por medio de aquello que tiene de mas íntimo y en el fondo del corazon. Dios es tambien luz: manifiéstase por sus obras, y estas son el fundamento de la prueba cosmológica de su existencia, pues la obra revela al autor; y puesto que nos habla por medio de sus obras, del orden que en ellas preside, de la inteligencia que las gobierna, ¿por qué no ha de instruirnos tambien con su palabra? Dos son los modos como puede conocerse á un hombre, y el primero consiste en su exterior y en sus actos; mas si deseamos conocer mejor lo que ha pretendido hacer, escuchémosle cuando explica su designio, cuando expone su fin y sus medios; entonces sobre todo es cuando la inteligencia se revela. Ahora bien, del mismo modo como juzgamos á los hombres, juzgamos á Dios. Aprendemos á conocerle por la consideracion de sus obras; pero despues de haberse revelado por medio de las criaturas, se ha manifestado aun mas clara, mas plenamente, y casi me atrevo á decir de una manera mas digna de él; en efecto, no contento con haber conversado al principio con el hombre, de haber hablado en varias ocasiones y distintos modos con los Patriarcas, con Moisés, con los Profetas, habló últimamente por Jesucristo, su Verbo encarnado, que es el resplandor de su gloria y la figura de su sustancia, sustentándolo todo con la palabra de su virtud. (*Hebr. 1, 3*). Por esto el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

¿Hay acaso repugnancia por parte del hombre? ¿Es contrario á su naturaleza que Dios se revele á él por medio de la palabra? No, nuestra insuficiencia natural para conocer con certidumbre varias verdades de la mas alta importancia basta para justificar semejante comunicacion, y sino véanse las asombrosas cuestiones que nuestra razon suscita sin que sea capaz de resolver. ¿Por qué nos hallamos en la tierra? ¿Dónde estábamos antes de venir á ella? ¿Dónde irémos cuando la abandonemos? ¿En qué consiste la vida futura?

¿Quién, teniendo alguna elevación de inteligencia y una esperanza en el pecho, puede permanecer indiferente á tan grandes problemas? ¿Acaso no nos dirigimos todos á la muerte? ¿Qué será de nosotros despues de aquel dia? Segun unos nos convertiremos en duendes; en bueyes ó en distintos animales segun otros; muchos dicen que en Angeles ó en demonios, y algunos por fin que en nada. ¿Dónde están las pruebas de esas opiniones? Un filósofo flamante, apóstol de la metempsícosis y de la transmigración de las almas, explicaba cierto dia su sistema en una reunion. Una mujer de talento que le habia escuchado, le dijo: «Pero, caballero, ¿dónde vamos á parar de transmigración en transmigración? No siempre hemos de estar cambiando de pellejo, y ¿es fuerza llegar á alguna cosa y á alguna parte. — Caramba, señora, contestó con frialdad el filósofo; ¿acaso soy yo «Dios para explicaros todo eso?» Palabras sencillas y profundas, pues son quizás la confesion mas explícita y sincera que haya hecho nunca un filósofo de la necesidad de una revelación.

Otra prueba de que la revelación no repugna al espíritu del hombre, está en la necesidad de prodigios que se encuentra en todas las épocas y en todos los pueblos, ó sea la tendencia á explicar los fenómenos de la naturaleza por causas sobrenaturales. Es claro que hay muchas veces en ello abuso, error; mas el principio existe, la tendencia es universal; el corazón del hombre encierra una necesidad innata de creer en las cosas que sobrepujan á su razón, y por esto la infancia toma tanto interés en las fábulas y cuentos de brujas.

Esta inclinación subsiste con la edad; los hombres no pueden prescindir de las cosas sobrenaturales, á pesar de los esfuerzos de los filósofos. ¿Qué es lo que mas agrada al pueblo en los teatros? Las cosas sobrenaturales, la intervención de los dioses, de los genios, de los demonios; quiere milagros, cosas superiores al mundo. Los hombres que pasan por ilustrados, y que rechazan lo sobrenatural en materia de religion, probablemente porque les estorba y la Religion lo enseña, ¿á dónde se dirigen las mas de las veces, cuando sienten una grave inquietud, cuando se hallan enfermos,

ó cuando han sido robados? Á consultar con sonámbulos; y ¿quién entonces no les dirá: Sed consecuentes con vosotros mismos; no creéis en las cosas sobrenaturales, y teneis fe en una mujer que con los ojos cerrados mirará en el interior de vuestro cuerpo, y verá en él la causa de vuestra enfermedad, apercibiendo luego en una montaña lejana ó en un bote de un boticario la planta necesaria para vuestra curación? Esa mujer, que para vosotros no puede ser un profeta, puesto que no creéis en la inspiración profética, os dirá lo que habeis hecho, lo que habeis dicho; lo que habeis pensado. Creéis en ella, y no dais fe á la palabra revelada; aceptais como verdad lo que una sonámbula os afirma, y poneis en duda la autenticidad de los libros de Moisés y de los Evangelios. No teneis fe religiosa, y por esto sustentais una fe supersticiosa; tan cierto es que sentís necesidad de una fe cualquiera. — Esta necesidad es interesante al alma humana, y esta es la causa por que la ha atendido Dios por medio de la revelación. Triste es decirlo, pero es la verdad: cuando no se cree en Dios, créese en adivinos, en brujos, y los hombres menos creyentes son regularmente los mas crédulos. Si, pues, sentimos una necesidad de fe tan apremiante, apliquémosla á creer en la verdad que la palabra de Dios ha revelado; á buen seguro que esa revelación vale tanto como las de los poetas, de los visionarios, de los sonámbulos y de las mesas giratorias.

La verdadera Religion propone como objeto de fe dogmas, de los cuales son algunos accesibles á la razón, otros la sobrepujan, pero todos son útiles para iluminar á la ciencia humana y sobre todo para regular las costumbres. En todas las naciones antiguas y modernas existen creencias de este género; y porque en estas tradiciones pueden ocultarse errores, ilusiones y supersticiones, es necesario dirigir esa tendencia de la humanidad, determinando las verdades á que debe de ser aplicada. De otro modo precipitaria á los pueblos en la idolatría y la depravación.

Los mas célebres filósofos han pensado en este punto lo mismo que los pueblos; la fuerza de su genio y la superioridad de su entendimiento no les han impedido recurrir á las tradiciones antiguas.

Pitágoras, aquel varon famoso que no se limitó á filosofar en la escuela, sino que sometia á sus discípulos á una severa disciplina á fin de purificar y elevar su inteligencia, veia en la ciencia otra cosa que una especulacion, y no creia que la razon sola pudiese bastar á ella. Exigia que á la misma se consagrara todo, el corazon, el entendimiento, hasta el cuerpo, y aquel hombre gobernó ciudades, dió constituciones á repúblicas, y durante largo tiempo reinó su escuela en la Grande-Grecia. Sus discípulos le miraban casi como á un profeta, porque apoyaba su doctrina en antiguas tradiciones, restos de la revelacion primitiva, profundamente alterada sin duda, pero en la que habia aun parte de verdad. Platon acude á la tradicion, á las revelaciones de otro tiempo en todas las cuestiones arduas, y cuando tiene que resolver una dificultad, Sócrates, á quien hace hablar, invoca una palabra transmitida por una mujer inspirada, por alguna Diotima. Así los filósofos más sublimes como los pueblos más ignorantes están acordes en la creencia en lo sobrenatural, y el género humano ha creído por todas partes y siempre que Dios ha revelado á los hombres en distintos tiempos y de diversos modos, por un lenguaje exterior, oral ó escrito, ciertas verdades superiores á la razon humana.

Finalmente, no solo la revelacion es posible y moralmente necesaria, sino que existe y ha existido siempre. Existe en la tierra desde la creacion del hombre, y todos los documentos históricos, sagrados y profanos lo atestiguan. Siempre ha creído el mundo en una religion revelada, y ha habido siempre una tradicion para perpetuar su recuerdo y comunicar sus lecciones. El Génesis nos enseña que Dios habló á nuestros primeros padres en su origen, y cuando la humanidad cayó y se pervirtió por haber menospreciado el mandato divino, esa comunicacion se hizo aun más necesaria á causa del oscurecimiento de la inteligencia y de la corrupcion de corazon entre los hijos de los hombres. Despues de la revelacion patriarcal vino la de Moisés, y en seguida de esta la del Evangelio, de modo que el género humano no ha estado jamás destituido del sobrenatural auxilio de la palabra de Dios, oral, escrita ó tradicional.

Este hecho incontrovertible simplifica mucho la cuestion tan debatida en nuestros dias, á saber: ¿Hasta dónde puede llegar la razon sola, así en ciencias como en religion y en moral? Á esto puede contestarse, que no habiendo nunca estado sola, de nada sirve averiguar lo que podria hacer en una situacion en que jamás se ha encontrado. El problema, pues, está resuelto por la historia. La razon no ha estado en tiempo alguno abandonada á sus exclusivas luces; Dios habló al hombre desde el principio, y le comunicó las ideas primitivas junto con el primer lenguaje. Esta revelacion se renovó despues del pecado; el hombre mísero y errante por la tierra fue guiado por los Patriarcas á quienes Dios manifestaba su voluntad; la revelacion siguió al hombre para socorrerle en todos los grados de su humillacion; y cuando la ley natural y patriarcal fue hollada por las naciones, Dios, para darle mayor claridad y estabilidad, no se limitó á hablar á Moisés, sino que escribió con su propia mano los principios de justicia en tablas de piedra, cuyo depósito y custodia confió á un pueblo elegido, hasta que los grabó en caracteres vivos en el corazon de todos los hombres por medio del mismo Verbo, de la palabra de Jesucristo. La razon, pues, jamás ha estado sola, é importa poco saber hasta dónde podria llegar abandonada á sus propias fuerzas.

Pero en este caso, se dirá, ¿en qué consiste el estado de pura naturaleza de que habla la teología? Los teólogos admiten el estado de pura naturaleza como una hipótesis, como una posibilidad, aun cuando reconocen que nunca ha existido, pues la teología no puede contradecir la palabra de Dios, que atestigua la existencia de la revelacion desde el origen. La razon no ha estado nunca sola, luego no ha de buscarse lo que sola habria podido hacer; y esta es la mejor respuesta á los deistas que se empeñan con solo la razon, sus luces y sus progresos, en explicar cuanto se atribuye á la influencia sobrenatural de la Religion. ¿Cómo ha de serles esto posible, si han estado siempre bajo aquella influencia, si han sido educados cristianamente, en el seno de una sociedad cristiana, en medio de instituciones cristianas, y por padres y maestros cristianos?

Han chupado la sávia del Cristianismo en el seno mater-

nal; sus ideas mas profundas y elevadas, sus mejores sentimientos les han sido inspirados desde su mas tierna edad por esa influencia cristiana á la cual no han podido sustraerse.

Ciertos filósofos imaginan, para salir de esta dificultad y probar el estado de pura naturaleza, una isla desierta donde habria de vivir un niño, sin duda caído del cielo, y aguzan su ingenio describiendo su desarrollo intelectual y moral á ejemplo de Condillac, quien, tratando de explicar la generacion de las ideas, inventó una estatua cuyos sentidos abria sucesivamente como las ventanas de una casa, para hacer notar de paso lo que entraba por cada abertura, no conociendo, en su candidez filosófica, que encuentra precisamente en su hombre-estatua cuanto él mismo ha colocado. Esta es la explicacion del estado de pura naturaleza y de la religion natural segun los filósofos; en ella introducen lo que se les antoja.

El estado de pura naturaleza, tal como lo admiten los teólogos, es pues una simple posibilidad, una hipótesis racional, un ente de razon que podemos concebir en potencialidad, pero que jamás ha pasado á ser acto, y por lo mismo es muy difícil describirlo, determinarlo, lo cual moralmente no es necesario en cuanto nunca ha existido. ¿Por qué suscitar dudas inútiles? Semejantes cuestiones, llenas de tinieblas y de sutilezas, son ociosas, están erizadas de dificultades si no de peligros, y á nada conducen en la práctica. Púedese ser excelente cristiano, poseído de fe, de esperanza y de caridad, sea cual fuere el partido que se adopte en esta controversia, y no vemos la utilidad de apasionarse por opiniones inútiles, ni de amargar ó turbar su propia vida con cosas que no pueden hacerla mejor.

## CAPÍTULO VII.

### DE LA LEY REVELADA.

De la ley revelada. — Cuatro épocas principales de la revelacion: 1.º En el paraíso antes y despues del pecado; 2.º la ley patriarcal, oral y tradicional; 3.º la ley mosáica; esta tiene un doble fin; 4.º la ley evangélica ó la ley nueva, complemento de la antigua. — Diferencias esenciales entre la ley antigua y la ley nueva.

Hemos demostrado la insuficiencia de la ley natural, ya para la direccion de la conducta individual y la moral privada, ya para el gobierno de los pueblos y la vida social; hemos visto que así en uno como en otro extremo sentaba principios evidentes de los que se deducian consecuencias próximas ó remotas, pero que á pesar de todo la razon quedaba con frecuencia perpleja en la aplicacion de unos y de otros, pudiendo además ocurrir muchísimos casos en que la ley natural por sí sola fuese insuficiente. Esto es indisputable entre las naciones: y en efecto, si los miembros de una sociedad quedasen abandonados á la mera direccion de la ley natural, es claro que aquella sociedad no podria subsistir; mas, no podria siquiera llegar á fundarse; pues siendo cada uno en definitiva el intérprete, el juez de la ley y de sus aplicaciones, todos pretenderian tener razon en caso de division ó de lucha. Es indispensable, pues, una ley positiva, civil y política en el órden social, revelada y religiosa en el órden moral.

Si es indispensable una ley positiva, y si la ley, como hemos dicho, se deriva de la relacion del superior natural al inferior, es consiguiente, en virtud de nuestra definicion, que esa ley no puede emanar de los hombres, pues no hay hombre alguno superior á otro, así individuo como coleccion ó pueblo. Por demás será decir que los hombres tienen facultad y derecho para establecer pactos y convenciones entre sí; pero obsérvese que la convencion no es el principio de la ley, como tampoco es su sancion. Las convenciones solo